EDICIONES PAULINAS. = MADRID

14

EL PADRE DE LA NOVIA

Film de la M. G. M. con Elizabeth Taylor y Spencer Tracy

EL PADRE DE LA NOVIA

EXTRACTO DE LA NOVELA

«FATHER OF THE BRIDE»

DE EDWARD STREETER

PERSONAJES E INTERPRETES:

Stanley T. Banks . . .	SPENCER TRACY
Ellie Banks	JOAN BENNET
Kay Banks	ELIZABETH TAYLOR
Buckley Dunstan . . .	DON TAYLOR
Doris Dunstan	BILLIE BURKE
Señor Massoula . . .	LEO G. CARROL

ES UN FILM DE LA

METRO - GOLDWYN - MAYER

DIRIGIDO POR

VICENTE NINNELLI

Don Antonio Banks, familiarmente Tony, era un hombre, ¿cómo decir...? ¡Un buen hombre! No era tanto, nada de eso, aunque tampoco un genio, claro está. Un hombre contento, amante del orden y del vivir reposado. Veinticinco años antes se había colocado como pasante en el bufete de un abogado, poco después de lo cual se casó con una joven agraciada de diecinueve años, de nariz algo respingona, honesta y elegante, con muchas dotes, aunque sin «dote» alguna. Había sido un matrimonio bien compuesto. Ellis, la señora Banks, se conservaba joven y cariñosa, se ocupaba de las labores domésticas, soportaba afectuosamente las pequeñas rarezas de su esposo legítimo y trataba de tener siempre contentos a sus tres hijos: Kay, de veintitín años, un encanto de chiquilla morena con ojos azules; Mario, que cursaba el segundo de Ingeniería, con aire de independencia, y Tommy, el menor, siempre con ganas de comer.

El señor Banks adquirió un chalecito en las afueras tan pronto como se colocó en el estudio legalístico: había pagado ya el último plazo, y todas las noches, al volver de Nueva York, aunque cansado de trabajar, se sentía satisfecho de sí mismo, de Ellis, de Kay, de Mario y de Tommy. Y también de la cocinera negra, Dulia, que siempre estaba de pleito con el horno eléctrico y un día sí y otro también acusaba a su amasiago como único responsable de que una torta se tostase demasiado o de que un postal se hiciese sólo por un lado.

Kay era el punto débil del señor Banks, pues la chica sabía hacerle muchas monadas: le llamaba «guapo mío», le besaba en la punta de la nariz y era además, hay que decirlo, una auténtica belleza. Ya se sabe, los hijos salen al padre...

Siempre la había considerado como una niña; pero hete aquí que un día...

Aquel día era uno de tantos días, o al menos así lo parecía. El señor Banks había dejado su automóvil delante de la escalinata y se disponía a saborear una buena comida, cuyo olorcillo le llegaba por el aire. Ellie salió a su encuentro, como de costumbre. Mario, según venía haciéndolo, le pidió la llave del coche y se fué con él carretera adelante después de haber escuchado pacientemente todas sus advertencias, siempre las mismas, sobre el camino, las curvas, la velocidad, los frenos, los faros... Tommy había desaparecido también. Dalia lanzaba sus anatemas contra el horno ultramoderno añorando los tiempos en que sus mayores asaban a fuego lento sobre dos leñas los ratiloques y quién sabe si algún muslito o costillar de hombre blanco también. Por fortuna, apareció Kay con un pulverizador en las manos, pañuelo de flores encorsadas a la cabeza y remangadas las camisas de sus pantalones del pijama hasta las rodillas como un pescadorcillo de Málaga. Saludó a su padre, le echó un poco de perfume a la cara y... ¡La veía extraña! ¡Sus ojos parecían tener una luz intermitente, como la de los faros! El señor Banks no estaba acostumbrado a verla así. Sin embargo, su aspecto era de mayor lozanía, estaba más guapa (si es que podía estarlo), más misterioso, más falto aún que de costumbre.

—Debe de ser por efecto de las vitaminas que el médico te ha recetado. ¿Las sigues tomando?

—Sí, papá—repuso Kay con dulce suspiro.

En aquel momento llamó el teléfono y apareció la cara redonda y negra azabache de Dalia; pero Kay se escabulló como un gamo al oír el cuerno de un cazador. Corrió en dirección al cuerno, es decir, al aparato.

—Está rara hoy—dijo el señor Banks a su señora, cavilosa.

—¡Quién sabe!—repuso tranquilamente la esposa—. ¡A lo mejor es que está enamorada!

—¿Enamorada? Pero ¿esta chiquilla?

Los padres son todos iguales. Se diría que no se percatan de que a los hijos, o la por que los piernas, les crece y cambia también algo más el carácter, los pensamientos, los de-

sea, los sueños. Que se hacen hombres y mujeres, en una palabra. Cuando, al fin, se dan cuenta de ello, se encuentran entre la espada y la pared si se trata de las hijas, naturalmente. ¿No la miran, ni la distinguen, ni la admiran? ¿Nadie la invita ni la saca a bailar? Entonces sufren y se preguntan: «¿Y por qué?» Si todos la miran, la invitan y la sacan a bailar, surgen—según ellos—peligros sin cuenta por doquier, como monstruos: pero el mayor de los peligros es que la «niña» se vuelva loca, le dé por casarse y se vaya. ¿Qué va a ser de la casa sin ella?

¿Kay enamorada? ¡Era un absurdo! Bueno, ¿y de quién?

—Tal vez de Manlio—repuso Ellie, que, en ciertos momentos, tenía una flema como para irritar a un tejón en letargo.

—¿Quién es Manlio?

—¡Tú lo conoces! Manlio es..., es...: bueno, el apellido no lo recuerdo; pero aquí ha venido muchas veces con otros chicos.

Habrá venido no estando yo, naturalmente—replicó el señor Banks—a quien, mala señal, comenzaba a picar la nariz.

El diálogo quedó en el aire porque Kay, terminada la conferencia telefónica, volvió al comedor y se sentó en su sitio, junto al padre.

—¿Quién era?—preguntó Ellie.

—¡Ah, Manlio! Vendrá por mí dentro de poco.

El señor Banks, con los ojos fijos en el plato, no encontró medio mejor de desahogar su pesadumbre que lamentarse de que Mario y Tommy no estuviesen nunca en casa por las tardes. No era, desde luego, hombre que afrontara los asuntos con valentía.

—Mario—repuso dulcemente Ellie—no es ya un chiquillo. Tiene diecinueve años y podría tener ya familia.

—¿A los diecinueve años? ¡Yo me casé a los veinticinco!

—¡Hace cien años!—adelantó Kay con viveza—. También Manlio es del parecer que los hombres deben casarse muy pronto.

En este punto preguntó el señor Banks:

—Ese señor Manlio, no identificado mejor, ¿te ha dicho también quién debe financiar estas uniones infantiles?

Pero Kay no era de los que se ahogan en un vaso de agua.

—¡Claro! Las respectivas familias. Casándose pronto, los hombres están más libres y los niños se crían mejor.

—Bueno, ¡si lo dice Manlio!—el tono del señor Banks era, en contra de su costumbre, irónico y mortificante—. Es de suponer—añadió—que no sea aquella estaca de dos metros de alto que bailaba la rumba como un orangután, ni el de los dientes de rastillo, ni aquel otro genio radioeléctrico que vino para ajustar el receptor de la radio y lo estropeó del todo...

Kay contó en seco como se hace con los niños pelaclaves:

—A propósito: el sábado y domingo próximos no estaré en casa. Me han invitado los padres de Manlio.

—Entonces—dijo el padre dejando la cucharilla en la parte del helado que le quedaba—, ¿tienes decidido casarte con ese Manlio?

—Creo que sí.

Ellie estaba flemática, y Kay, taciturna, precisamente en el momento y ocasión en que hubiese querido mostrar mayor color y elocuencia.

—¿Habéis señalado ya el día?

—Depende de Manlio. El decidirá lo que le parezca mejor. ¡No quiere consejos de nadie!

—¡Oh! ¡Ah!—el señor Banks se levantó y comenzó a dar pocos largos por la estancia—. ¡Supongo que no me llamará un metomentodo si me atrevo a preguntarle su apellido, de dónde procede y quién se figura él que ha de mantenerlo!

También Ellie se había levantado.

—¡Antonio! ¡No chilles tanto, que van a oirte desde la calle! ¡No dramatices!

Kay estaba erguida como pequeña víbora.

—Escucha, papá: Manlio es un hombre; tiene veintiséis años, y se moriría de hombre antes de permitir que otro le mantuviese. Se apellida Bunkley, ya lo sabes, y es un hombre de negocios excepcional.

—¿En qué se emplea?

—En este momento... yo no lo sé; pero tiene un buen empleo y lo sabe hacer todo. Es el hombre más admirable que he conocido en mi vida.

Dicho esto, comenzó a llorar y se salió. El señor Banks se quedó sin aliento. Todo podía soportarlo, menos ver llorar a Kay. Mientras estaba hablando, se figuraba verla con las trenzas colgando, el delantalito sucio, siempre dispuesta a defenderse de los empellones que le daban sus compañeros de juego. Se conmovió y fué a buscarla; le secó la barbilla y la consoló en seguida, diciéndole que ya le parecía bien su gran hombre. Cuando se oyó tocar el timbre de la calle, Kay corrió a vestirse.

Al cabo de unos instantes estaba Dalia con un mozo bien parecido, alto, sonriente.

Ella, algo turbada, dirigió a su Antonio una mirada complaciente y la sonrisa más angélical.

—Querida, te presento al señor...

—¡Buenas tardes, señor Banks!

—¡Muy buenas!

—Kay—intervino rápida Ella—nos ha informado de todo.

—Confío que no se opondrán—repuso el joven muy sonriente.

—¡Oh, no! Kay nos ha hablado muy bien de usted; ¿verdad, Antonio?

—¡Exacto!

En esto apareció Kay, que se había vestido en un santiamén. El señor Banks quiso entonces dar muestras de su autoridad y le dijo a Kay que se pusiera el abrigo y se quitara el impermeable.

Apenas salieron las dos jóvenes, tuvo que decir lo contrario de lo que pensaba:

—Me resulta muy antipático!

—Es el más simpático de todos los chicos que han cortejado a Kay—objetó tranquilamente Ellie—, y Kay es, por otra parte, bastante mayorcita para saber lo que se hace...

—¿Has dicho mayorcita? ¡Pero si es una niña!

—No pensabas igual cuando te casaste conmigo, que apenas si tenía dieciocho años. Kay estará monísima con el traje de novia. Tengo en la cabeza un modelo que es un primor. Voy a enseñártelo.

* * *

Todas las mujeres son así. Su primera preocupación es la del vestido. Banks movió la cabeza, y durante toda la noche estuvo inquieto en la cama. Ellie, por el contrario, durmió profundamente. Con sus bruscos movimientos y su sueño agitado, haciendo crujir el lecho como un acordeón, terminó por despertar a su mujer.

—¿Te encuentras mal?

—No. Pienso en Kay. No conocemos bien a su novio, ni sabemos en qué se emplea, ni qué carácter tiene, ni si la quiere bien o mal. Y le damos entrada en la casa, y permitimos que salga Kay con él de noche, y encima se la vamos a dar por esposa. Podría resultarnos uno de esos granujas enquistados que se cuelan buscando aventuras y se introducen en las familias honradas para dar algún golpe de mano importante, y, por añadidura, si se les descubre, son capaces de pegarle un tiro en la nuca.

—¡Qué barbaridad! Pero ¿qué disparates estás soñando?

La serenidad de Ellie resultaba, en verdad, a veces, desconcertante:

—Tiene cara de buen chico. Sin embargo, habrá que telefonear mañana a sus padres.

—¡Sus padres! ¿Y quién los conoce? Serán tal para cual; todos estarán de acuerdo. Ya lo verás. Plantará aquí sus reales, y cuando se cases, desaparecerá y... ¡aquí no ha pasado nada!

* * *

Cuando dejó trazado el guión para una novela gris, capaz de conmover hasta las piedras, se hundió en los almohadones y se durmió como un lirón. Se despertó cuando el sol iba ya bien alto. Ellie estaba delante de él, pálida, severa. En el preciso momento en que Antonio se había quedado dormido, después de desembuchar lo que tanto la atormentaba, comenzó Ellie a dar vueltas en la cama, sin poder pegar un ojo.

—Después de todo—así empezó—, tú eres el padre, y a ti te corresponde hablar con ese Manlio y ver si conviene o no que sea nuestro yerno. Debemos asegurarnos, antes de...

—Pues ¿no estabas tú tan segura de él, de ti, de ella y de todo el mundo? ¿Qué ha pasado? A mí también me parece un buen muchacho. He recapacitado después de dormir y no creo que tengamos motivo para alarmarnos.

Pero Ellie fué inexorable. Banks, por tanto, aunque no era muy partidario de ello, tuvo que hablar con Kay a la mañana siguiente, empleando muchas palabras de rodeo.

—¡Fin del ochocientos!—sentenció la chica—. Sin embargo, puesto que así lo quieres, se lo diré a Manlio. Hemos de ir los dos al teatro a las nueve; así es que puede venir a las seis y cenar con nosotros. Antes de la cena tendrás tiempo sobrado de hablar con él.

Dulia, la cocinera, disfrutaba de su permiso semanal. Ellie, con un delantalito nuevo, trajinaba afanosamente en la cocina, ayudada por Kay. El señor Banks se vió en seguida frente a frente con el joven de la eterna sonrisa y futuro yerno. Este, inmediatamente, se mostró dispuesto a darle cumplidas explicaciones estimadas por convenientes. Pero, al cabo del coloquio, interrumpido más de una vez con el ofrecimiento, por parte del interrogador, de cigarrillos (y hasta de tabaco para la pipa), de licores, de cócteles, normalmente rehusados, quien había dado cuenta acabada sobre su vida, salud y estado económico, desde que la llevaban en pañales hasta el momento en que hablaban, fué exclusivamente el señor Banks. Ni a Ellie siquiera había revelado tantas cosas en los veintitantos años de casados.

—¿Cómo ha ido la cosa?—preguntó Kay cuando pasaron al comedor.

—¡Oh, muy bien! Ahora ya estoy tranquila.

Quien así hablaba era su padre y no Manlio. Luego, cuando se habían marchado los dos chicos, el señor Banks se estiró en una poltrona y concluyó así:

—Es un muchacho magnífico. ¡Un verdadero hombre de negocios!

Tal vez lo diría porque el joven no había despegado los labios en todo el tiempo y había sabido escucharle hasta el final sin perder su amable sonrisa.

Lo importante era que el señor Banks se había quitado un peso de encima.

* * *

Pero cuando se trató de hacer la visita oficial a los padres del... futuro, el señor Banks sintió que sudaba frío. ¿Por qué no habría escogido Kay al novio de entre sus antiguos conocimientos? Mientras se arreglaba Kay, él se engulló algunos vasitos de coñac para reanimarse. Cuando se puso al volante, los ojos le echaban chispas.

En plena carrera hubiese querido dar marcha atrás, cualquier cosa: los cangrejos; pero Ellie, inexorable, con la cabeza fuera de la ventanilla, iba leyendo en alta voz la numeración de los edificios: «382, 383...»

—¿Te apuestas algo a que esos dos son abstemios?

—No sé por qué ha de interesarte eso—repuso Ellie sin volver la cabeza—, pues no eres ningún alcohólico ni bebedor empedernido! ¿Cómo ha sido ponerte hoy así?

—¡Pero si estoy perfectamente! ¿No llegamos todavía? ¡Dios sabe en qué barraca vivirán!

—Fíjate en la barraca!—dijo Ellie con ironía, e hizo que aparcase el coche junto a la elegante cancela de un soberbio chalet.

* * *

El señor y la señora Buckley salieron al encuentro de sus huéspedes en la antesala. Se cruzaron las manos (buen augurio: casamiento a la vista) y los elogios a sus respectivos hijos. Banks hizo fruncir las cejas de Ellie cuando dijo al señor Buckley que no, que no tenía necesidad de lavarse las manos, porque se las había lavado antes de salir. Después, cuando el señor Buckley ofreció como aperitivo (¡pues sí que bebían!) un madeira especial, embotellado veinticinco años antes y conservado para un acontecimiento de excepcional importancia (¡más excepcional que esta!), imprimió a su lengua unos movimientos de catador profesional. Al cabo de un cuarto de hora, ya se tuteaban y se llamaban recíprocamente Antonio, Alberto, Ellie y Dora. Buscaron en la cara de los padres el parecido de los hijos; se descubrieron muchas afinidades y se dirigieron un sinfín de elogios y de cumplidos. Dijéronse, en total,

tantas mentiras como habían podido decir desde el día en que dieron los primeros vagidos. Tras el madeira vino el martini, y entonces se creyó el señor Banks en el caso de contar la vida de Kay desde cuando, teniendo seis meses, la dejó olvidada su madre en una droguería y llegó a casa sin ella, hasta que se había vuelto muy rara por culpa de un tal señor don Manlio, no identificado mejor... Los cuatro se rieron de buena gana como cuatro chiquillos. Las proezas de Manlio niño nada tenían que envidiar a las de la niña Kay, y su relato llenó bastante tiempo...

—Esto ya está hecho—dijo el señor Banks poniéndose al volante, y no dejó de ir canturreando alguna tonadilla durante todo el viaje de regreso.

* * *

Después de la primera visita.... la recepción oficial para anunciar a los parientes, amigos y conocidos el noviazgo de Kay. Otra carga para nuestro señor Banks.

¿Quién viene obligado, en semejantes casos, a disponerlo todo? ¡El padre! Ellie pidió prestados vasos y copas a todo el vecindario, y él, el padre de la novia, tuvo que encargarse de todo el servicio. Detrás de la mesa, como un barman consumado, preparó en la cocina muchísimos martinis.

—Porque, ¿sabes, Ellie?, en las refrescos todos piden un martini... Cuando hayan bebido, pasaré al salón tocando una campanilla y pronunciaré un discurso: «¡Amigos! En mis primeros meses de abogado hice una defensa...»

—Perdona, querido; ya te oiré después; se que están al llegar...

—En mis primeros meses de abogado hice una defensa tan formidable, que a mi patrocinado lo condenaron a diez años. ¡Ah! ¡Ah!

Ya está aquí el primer bebedor.

—¡Caramba! ¿Eres tú, Dicon?

—¡Chico, vengo derecho a la meta!

—¿Quieres un martini? Lo tengo dispuesto.

—No, desearía mejor una copita de anís.

Los demás pidieron: uno, jerez; otro, montilla; éste, coñac; aquél, wisky con soda; dos prefirieron málaga; otros, scotch; uno se inclinó por el bourbon; tres quisieron manhattan; cuatro, ponches de ron; cinco, burdeos; uno, ginebra, y hasta dos, cocacola... Acalorado, desilusionado, vencido, Banks bebía, mezclaba, agitaba, ofrecía. Y entretanto, su mejor amigo, Warner, un buen compañero algo mordiente, le aturdía la cabeza con su hijo, que le había hecho gastar una fortuna en el ajuar, papelerías, banquetes, regalos, para divertirse a los tres meses de casado...

—Disfruta este momento de bienestar, amigo. Después ya no tendrás ni un minuto de reposo. Desde ahora en adelante te lloverán las facturas. ¡Ya verás dónde te meten tus mujeres! Para ellas es como una función de teatro: ¡cuanto más, mejor!

En esto se acercó un mozalbete, imberbe y desconocido, que le dijo:

—Hermosa fiesta, ¿verdad?

A lo que respondió medio gruñendo:

—No lo sé; no me he movido de aquí. ¿Qué puedo servirle? ¿Néctar en cálices de jade?

—Un martini, si no le parece mal.

¡Figúrense! Era el único ejemplar de la tarde. El primero y el último.

Dieron las ocho, y con ellas llegó el momento de los despedidas.

—Pero ¿dónde diablos has estado metido todo el tiempo?—dijo Ellis algo tolerante.

—¿Dónde querías que estuviese? No me he podido mover de aquí en toda la tarde. ¡Como todo la cargas a mis espaldas! Pero... ¿y mi discurso?

En este instante tenía su cara un gesto de contrariedad como el que se ha dejado la maleta en el tren.

—¡Quiema! ¡Quietos!—el amigo Warner intentaba en vano detener a los invitados.

—Ellie, tú no puedes permitir que tu marido deje de pronunciar su discurso.

—Adelántate, Antonio; ¡venga! Te suplico que digas: «Al ver de nuevo estas caras de quienes tantas veces he estrechado la mano...» Esperas las risas y continúas después...

Pero, ¡no! Parecía que a todos les pinchaban o les pisaban los talones, porque se precipitaban hacia la puerta, atropellándose cada cual por ser el primero en atravesarla.

—¿Ha quedado algún martini?—preguntó Ellie, haciéndose la ingenua—. ¡Tengo sed!

—¡Están todos, todos, menos uno!—gritó el señor Banks en el colmo de la desesperación.

Llegó, más adelante, el momento de señalar lugar, día y hora del casamiento.

—Os pido, por favor, que sea una cosa muy sencilla.

El primer consejo de familia fué un desastre. Ellie había pensado que se celebrase en junio, porque hasta entonces no tendría preparado el ajuar al en regla lo referente a la iglesia, a las damas de honor, etc., etc.

—¡Tú nos buscas una ruina!

Mario tenía en ese mes los exámenes y quería que se aplazase para julio. Pero en julio Tommy debía estar en el campo, y... Kay se plantó y cortó aquella conversación:

—En el momento oportuno yo lo decidiré todo. ¡Buenas noches!

Como fuera (este día sólo se presenta una vez en la vida de cada mujer), quedó acordado lo de la iglesia, las damiselas, el vestido blanco con velo, cola y flores de azahar. Desde aquel punto, el señor Banks se creyó hombre perdido. La casa fué un lugar de cita ininterrumpida para sastres, modistas, tapiceros, zapateros, costureras; un continuo llegar de cajas y cajitas; llamadas incesantes a la puerta y por teléfono. No existió hora fija para comer ni para cenar, echarse a la siesta, fumar, leer el periódico... Ellie y Kay estaban como en una competición. Llegaban jadeantes y cargadas de paquetes.

—Chico, hemos comprado una combinación preciosa la mar de barata.

Y volvían a marcharse como si siempre tuvieran que ir a tomar el último tren.

¿Y la lista? La lista de los invitados. ¿quién tenía que hacerla? El, naturalmente: el padre de la novia.

—¿Dónde está la lista, Ellie?

—En mi bolsillo, querido.

—Pero en esta lista no hay ningún nombre de invitados: lo que leo es: «Dos pulseras de viaje, dos relojes elegantes, dos deportivos, uno de viaje, dos capas de lana, un abrigo de

costar, tres trajes de noche, zapatos, guantes, bolsos, flores artificiales, alhajas de fantasía, alisadores, zapatillas, salto de cama, aderezos, sombreros, botas, impermeables...» ¡Mi madre! ¡Esto es la ruina, la ruina total!

—No es tu lista, Tony—dice Ella con su voz más melodiosa—; es la del equipo de novia.

—¡Pero si habrás desvalijado las tiendas! ¿No tenías los armarios llenos de ropa?

—¡Tramos viejos, Antonio! ¿Sabes lo que significa la palabra trousseau?

—¿Ajuar?

—Sí, es el ajuar; pero, al pie de la letra, quiere decir hatillo, el hatillo que la esposa lleva bajo el brazo a su nuevo domicilio.

—¡Pero para este hatillo se necesitará, por lo menos, un furgón de mudanzas!

—Pues no está todo, porque han de añadirse, además, lo de la iglesia, la reserva de asientos (para el 10 de junio), el florista que adorne el altar y la casa, el repostero, el fotógrafo...

El señor Banks estuvo para desvanecerse cuando Mario se le puso delante con un tight nuevo y flamante.

—¿Me siento bien, papá?

—¿También estás preparando tú el hatillo?

—Manlio quiere que firme yo como testigo, y comprenderás...

—Comprendo que... somos un Banks próximo a quebrar.

—¿Y la orquesta y los invitados?

—Suman quinientos setenta y dos. Todo comprendido: refresco, flores, seguros... Cada invitado viene a costar tres dólares y setenta centavos.

—¿También el seguro?

—Claro, contra robos, incendios...

—¡Los invitados—dice vociando—serán ciento cincuenta; ni uno más, ni uno menos!

Pero, ¿a quién eliminar? A éste no porque es un cliente; a aquélla, tampoco porque es socia del club de Ellie y le dará su voto para presidenta; a estotro, de ninguna manera porque resulta que es hermano de leche de Manlio; a Cayo, menos, pues es amigo de la niña de Kay.

—¡Yo—dice Kay—no quería tantas complicaciones!

—¡Ni yo tampoco!

El padre la ha seguido a su habitación. Una idea salvadora ha cruzado por su mente:

—Oye, nena: ¿qué te parece si os diera mil quinientos dólares a ti y a Manlio y os... fugarais?

—¡Papá! ¿Como una pareja de ocultos? ¿Como si fuésemos unos malhechores?

Esta vez se ha colado de verdad y mira a Ellie, que entra con la famosa lista en la mano con cara de perro apaleado:

—Mira, Tony: si invitamos a los Warner, no podemos dejar de invitar a los Dixon; si invitamos a los Dixon...

—Mamá—interrumpe Kay con cara de mártir cristiana—, yo no quiero daros más disgustos. ¡Me fugaré!

—¿Qué dices? ¡No creo que vayas a darme una pena tan grande!

Banks está que arde.

—¿En qué estabas pensando, Kay?

—Pero, papá, si has sido tú...

—¡Kay, por caridad! Los invitaré a todos. ¿Os parece bien? ¿Para qué quiero yo el dinero si no me lo gasto en el casamiento de mi única hija?

* * *

Y ahora, querido padre de la novia, a las guerras como a las guerras.

El señor Mascoulx, un especialista de bodas que ha prestado sus servicios a la mejor sociedad neoyorkina e internacional, se encargará de todo. Aconseja los platos más refinados —y, por lo mismo, más costosos—con estilo existencialista: un esturión sobre fondo monocromo, luces engarzadas en el hielo para las bebidas. Cuando las casas resultan pequeñas, propone la construcción de un pabellón cubierto en la terraza. Pero vendrá él en persona y decidirá sobre el terreno.

* * *

Por fin, encuentra el señor Banks tiempo para probarse el traje de etiqueta: el que se hizo para casarse. A fuerza de muchas estiradas logra enfundarse el chaquet. Ellie lo mira perpleja; si estalla el botón, va a dejar a alguno ciego...

—No; ya verás como teniéndolo desabrochado y alargándolo un poco, me siento adorablemente.

Pero, ¡ah contratiempo!, el traje, con veinte años bien cumplidos, se le revienta por la espalda precisamente a la vista del señor Mascoulx, que está ordenando se saque la mitad de los muebles y se suprimen puertas y cortinajes.

Mientras los operarios van y vienen como amos de la casa, comienzan a extenderse las

invitaciones para la boda. ¡Si por lo menos se constipasen alguna para ese día o estuviesen comprometidos para otro sitio con anterioridad!... Pero, ¡qué! ¡Todos tan sanos y tan libres como el pez en el agua!

Y empiezan las cuentas: regalos para las damitas de honor, cubiertos y vajilla para Kay, regalo de Kay a Manlio. Los Buckley tan sólo tienen que poner al novio. Banks se consuela pensando que él también es padre de dos hijos...

Cuando todo está dispuesto y los regalos (llegó primeramente una bandeja pintada a mano, y en último lugar, un muñeco grotesco mecánico de la insufrible tía Adela) han invadido todos los rincones, entra Kay una noche con las maletas de la suerte encima:

—¡Devolvedlo todo! ¡Ya no me caso! Manlio me ha jugado una partida muy terrible.

Y dicho esto se entra llorando a su habitación.

El señor Banks sufre como alma en pena:

—Te irás a Europa, nenita, y le pagaré el viaje a una amiguita tuya para que te acompañe.

Pero Kay está inconsolable.

La verdad de lo ocurrido vino a decirlo entre sollozos. El incalificable egoísta de Manlio no quería complacerla en el viaje de novios y se empeñaba en que fuesen a Nueva Escocia a pescar salmones, cuando ella se había hecho unos vestidos de noche que eran un encanto.

—¿Y eso es todo? Yo creía ya que se trataba de alguna mujer...

—¡Ojalá hubiese sido eso! A una mujer le podría sacar los ojos, pero a un salmón... Hemos reñido cuando veníamos para casa y lo he dejado plantado en el auto. ¡Yo no volveré a verlo más!

El hombre cruel estaba allí, en la antesala, con unos ojos... de salmón. Dió la razón a Kay con la mayor humildad y dijo que estaba dispuesto a hacer lo que ella deseaba... Pero Kay, que estaba escuchando sin que la viesen en lo alto de la escalera, no bajó. Sólo que, cuando Manlio dió muestras de dolerle la mano magullada por la portezuela que Kay había cerrado con violencia, bajó la chica volando, echóse en los brazos de Manlio, que le pidió perdón, y ella se lo pidió a él, y él dijo que era malo, y ella, un ángel; y ella, exactamente lo contrario. Y así por el estilo, como si hubiesen estado completamente solos en el mundo...

Todo se pasó... y se hizo ensayo general de la función en la iglesia.

Aquello fué el caos. Llovía a cántaros. La mitad de los chicos y de las chicas faltaron a la cita. Tampoco asistió el sacerdote; y Kay, que llegó con retraso y sin Manlio, ocupado en otros menesteres, dijo que la novia no debía tomar parte en el ensayo porque era de mal agüero. Dirigió un amigo de Banks y ocupó el puesto de Kay una chiquita que no hizo más que estornudar y sonarse las narices. Banks no acertaba a mover primeramente el pie derecho para empezar a entrar a los acordes de la «Marcha nupcial», ni se daba cuenta de cuál fuese su pie izquierdo, con el que debía retroceder, sin volverse, para colocarse junto a Ellie.

La noche la pasó soñando que se le hacía tarde y que se hundía entre las alfombras, como en la nieve, hasta el cuello.

Cuando llegó el gran día, Kay, la intrépida y valiente, temblaba como un pajarillo atacado de frío. Pero el señor Banks se sintió muy paternal:

—Tú apóyate en mi brazo, que yo me encargaré de todo lo demás.

Estaba dando el señor Mussolo los últimos retoques, después de haber prohibido a Delia entrar a la cocina para prepararle un vaso de agua con bicarbonato al amo, a quien le bailaba la cabeza como si fuese una peonza, cuando se oyó el rin-rin del teléfono. Era la tía Adela.

—¿No puede venir? ¡Qué lástima!—dijo Banks—. ¿Qué? ¿Que ya está en la estación? Le enviaré el coche con María.

Pero María debía ir por el otro testigo.

—¡Irá Tommy!

Pero Tommy estaba buscando una camisa blanca.

—¿Dónde se habrá metido?

Ellie pasaba en aquel momento sosteniendo en alto la cola del vestido de novia y le sugirió:

—Dile que se vaya al río!

—¡Vaya al río! ¡Oh, sí! no hablaba con usted. Vaya directamente a la iglesia: ¿le parece?

A las tres y media ya estaba preparado Banks. Por precaución llevaba cinturón y tirantes. Pero ¿y las mujeres? ¿Qué hacían allí arriba? Ya deberían estar en la iglesia...

Ellie fué la primera en bajar. ¡Qué joven y qué bonita estaba todavía!

—¡No está bien hacerle competencia a la novia! ¡Mañana ya no me acordaré, seguramente, de cómo vas vestida ahora, pero no me olvidaré de lo guapísima que estás!

Otra vez llama el teléfono. Es el coche. No, es la tía Adela.

—Tome un taxi y vaya directamente a la iglesia! ¡Vamos!

Aparece Kay: es una visión. ¡Una princesa de los cuentos de hadas! ¡Qué feliz se siente al considerar que es el padre de la novia encantadora que baja por las escaleras con la gracia de una diosa, resplandeciente de juventud y de inocencia, luciendo su vestido de tul y raso, con el larguísimo velo de cola y un ramo de orquídeas y flor de lis!

La iglesia estaba completamente llena, y los invitados volvieron a una la cabeza, como

pavos, al aparecer Kay. Manlio se quedaba bobo mirándola, y al señor Banks ni oía ni veía a nadie más que a ella.

Con el brazo de Kay bajo el suyo, avanza con el pie izquierdo, por entre una doble hilera de flores blancas, hacia el altar y retrocede con el pie derecho, tanteando cautelosamente la alfombra para no tropezar. En compañía de Ellie vuelve a vivir aquel mismo momento de veinte años atrás, cuando también ellos...

Se hace un silencio profundo y se mete una emoción intensa, en todo lo cual tiene gran parte la curiosidad.

Luego de la ceremonia de la iglesia y al agolparse hacia la máquina fotográfica, el retrasado Banks logra ver a su hija tan sólo un instante, al empuñar la paleta de plata, guiada por la mano de su esposo, para empezar la gran torta nupcial. Después, en un guirigay de mil demonios, observa caras desconocidas que nunca las había visto (¿quién las habría

invitado?!; se encuentra de continuo con el señor Massoula, que dirige el tráfico, bastante conquistonado, por cierto. Los camareros, por otra parte, pareceu rayos. Apenas se ha vaciado un vaso, se apresuran a llenarlo con un celo digno de mejor causa. Y Kay, ¿dónde está? En el jardín para hacerse una foto.

—Antonio, dice Ellie, te ruego eches una mirada al champán. Pero este rubio vino de Francia corre como un río... ¿Dónde está Kay?

—Ha ido a cambiarse de vestido.

Oye una voz conquistadora de mujer:

—Tírame el ramo, Kay.

Banks trata de abrirse paso para presenciar el lanzamiento del ramo de novia a las amigas. Quien lo recoja se casará dentro de un año...

Pero una señora de cara cuaresma le reprende:

—¡Vaya unos modales! ¡No estamos en ningún autobús!

—¿Dónde está papá?—canta la voz cristalina de Kay.

—¡Aquí estoy!—trata de abrirse paso a codazos—. ¡Permítame, permítame!

Pero le contestan:

—¡También los demás queremos ver!

Y de esa forma Kay se fué sin que su padre pudiera verla de cerca ni estrecharla entre sus brazos.

* * *

Salida el último huésped, Elly y Tony caen rendidos en una poltrona. La casa parece un campo de batalla. Por todas partes restos extraños, las alfombras arrugadas como unos vencidos. Todo se ha pasado como un sueño...

El padre de la novia está cansado y algo triste: ni siquiera ha podido despedirse de su nene... Ellie lo adivina y le mira con cariño:

—¡Cuánto lo siento, querida!

—¡Oh, no tiene importancia: lo importante de verdad es que sean felices!

Convendrá ir poniéndolo todo en orden para evitar las bromas de Dulie.

—Yo voy a mudarme de ropa, Tony. Toma tú entretanto la aspiradora de polvo.

Pero Banks no se mueve. Con el cuello desposado, la corbata suelta, las piernas estiradas, mira tristemente a su alrededor:

—¡Parece mentira que una casa puesta quedarse vacía en un instante!

Pero el teléfono replica alegremente. Ellie aparece por la alta de la escalera. Banks se precipita.

—¡Pronto! ¡Pronto! ¿Eres tú, nenito? ¿Dónde estás?

—En la estación, papá! ¡Has estado maravilloso! ¡Mamá también! ¡Dale las gracias! ¡Y gracias a ti por todo! ¡Mi papá! ¡No podría partir sin saludarte! ¡Te quiero mucho!

Ha desaparecido, como por encanto, todo el cansancio, tristeza y desarden. La cara de Banks aparece radiante de alegría: no tiene ninguna arruga.

¿Te encuentras bien ahora?—le pregunta Ellie con cierta malicia.

—Ellie, los refranes son en verdad la sabiduría de los pueblos:

¡Tu hijo será tu hijo
mientras viva en tu casa;
tu hijo será tu hija
hasta que con Dios te vayas!

FIN

Pulsen
40
8:

Cine albums

CINE ALBUMS

DON CAMILO
TERESA
KIM
EL PRINCIPE Y EL MENDIGO
EL GRAN CARUSO
EL PADRE DE LA NOVIA

*

En Prensa:

MUJERCITAS
EL PADRE ES ABUELO
CAPITANES INTREPIDOS
ADIOS, SEÑORA MINIVER
LAS MINAS DEL REY SALOMON

EDICIONES PAULINAS
Carretas, 19 (Puerta Real)
MADRID